

Entre los que confiando en su fuerza, se avanzaron ante los escalones, pegó algunas tan fuertes estocadas, que todos por temor volvieron á las escaleras. Su poderosa fuerza habían hecho grandes prodigios.

## XXXIII.

DE COMO LOS BORGÑOONES SE BATIERON CONTRA LOS HUNOS.

**C**UANDO el esforzado Dankwart llegó ante la puerta, mandó al acompañamiento de Etzel que se hiciera atrás. Todo su vestido estaba manchado de sangre y en la mano llevaba desnuda su acerada espada.

En el mismo momento en que Dankwart llegaba á la puerta pasaban á Ortlieb el elevado príncipe de mano en mano por la sala sobre las mesas: aquellos terribles acontecimientos causaron la muerte del niño.

Dankwart gritó al guerrero: « Permaneceis sentado mucho tiempo, hermano Hagen, y á Dios del cielo y á vos me quejo de nuestra desgracia; caballeros y escuderos han sido asesinados en sus alojamientos. »

El interpelado contestó: « Quién ha hecho eso? » « El guerrero Bloedel y los que iban con él, pero he de deciros que lo ha pagado caro: con estas manos he hecho rodar su cabeza. »

« Es una desgracia insignificante », respondió Hagen, « cuando nos dan la noticia de que un guerrero ha sido matado por un héroe: menos tendrán que sentir las hermosas mujeres. »

« Pero decidme, querido hermano, como estáis tan ensangrentado? Me parece que vuestras heridas os causa-



rán gran dolor. ¿Quién os las ha inferido en este país? Aunque el negro demonio venga en su ayuda perderá la vida. »

« Como veis, no tengo herida ninguna: mi traje está humedo de sangre, pero es de las heridas de otros buenos guerreros. He matado á tantos hoy que no podría contarlos aunque me tomaran juramento. »

Él le dijo: « Hermano Dankwart, guardad la puerta y no dejéis salir un solo hombre de los Hunos. Quiero hablar á esos guerreros como la necesidad nos obliga á hacerlo: nuestro acompañamiento ha recibido de ellos una indigna muerte. »

« Por cuanto soy camarero, » dijo el hombre esforzado, « creo que podré servir bien á tan ricos reyes; guardaré esta bajada con honor. » A los guerreros de Crimilda no podía suceder cosa peor.

« Me causa admiración, » dijo de nuevo Hagen, « de lo que aun dicen entre sí los Hunos: creo que bien quisieran prescindir del que guarda la puerta y del que ha traído á los Borgoñones la horrible noticia. »

« He oído decir desde hace mucho, que Crimilda no podía olvidar las aflicciones de su corazón. Ahora bebamos por el amor y paguemos el vino de Etzel. »

A Ortlieb el niño dió tan fuerte tajo Hagen, el valeroso héroe, que la sangre corrió á lo largo de la espada y la cabeza fué á parar á las rodillas de la reina. Entonces principió entre los guerreros una grande y espantosa carnicería.

Dió tan fuerte golpe al camarero que tenía al niño en las manos que al momento cayó la cabeza á sus piés debajo de la mesa; triste era la recompensa que daba á aquel maestre de la corte.

Vió cerca de la mesa de Etzel á un músico y dirigiéndose hacia él con cólera, dejóle caer la mano derecha sobre la viola: « Esto es por el mensaje que llevastes á Borgoña. »

« ¡ Ah! ¡ mi mano! » exclamó Werbel el músico de Etzel: « Señor Hagen de Troneja, yo ¿ qué os he hecho? Yo fuí con la mayor buena fé al país de vuestros señores; ¿ cómo podré hacer resonar los acordes, ahora que he perdido mi mano? »

A Hagen le importaba muy poco el que nunca volviera á tocar. Poseído de horrible furor hirió á muchos guerreros del rey Etzel, y dejó muertos en la sala á muchos de ellos.

Volker se levantó de la mesa de un salto, é hizo crugir en sus manos el arco. El músico de Etzel hacia escuchar sonos horribles. ¡Oh! ¡cuántos enemigos se hizo entre los fuertes Hunos!

Se levantaron de la mesa los tres ricos reyes: ellos hubieran querido separar á los combatientes, antes que ocurrieran más desgracias. Pero nada pudieron evitar, pues la cólera de Volker y de Hagen era muy grande.

Viendo el rey del Rhin que no podía evitar el combate, hizo también profundas heridas á través de las bruñidas corazas de los enemigos. El héroe era esforzado y lo hizo ver de una manera horrible.

También se lanzó al combate el fuerte Gernot, y dió muerte á muchos guerreros Hunos con la acerada espada que le había regalado Rudiguero. Muchos males causó á los guerreros de Etzel.

El más joven de los hijos de la señora Uta, se arrojó también en la contienda, y lanzó su brillante javalina á través de los yelmos de los guerreros del rey Etzel del Huneland. Grandes prodigios realizó la mano del fuerte Geiselher.

Por arrojados que fueran los reyes y sus gentes, siempre se vió á Volker delante de todos, haciendo frente al enemigo; era un héroe valeroso. Hizo rodar á muchos heridos; bañados en su propia sangre.

Con un vigor indecible se defendieron los soldados de Etzel. Los extranjeros lo recorrían todo esgrimiendo á su alrededor las aceradas espadas, y por todas partes se oía espantoso ruido de gritos y lamentos.

Los que estaban fuera, querían entrar al lado de sus amigos, pero avanzaban muy poco hacia la puerta. Los que estaban dentro querían salir de la sala; Dankwart no dejaba á ninguno ni subir ni bajar.

Junto á la puerta se formó una enorme barricada, y las espadas crugían al caer sobre los cascos. El fuerte Dank-

wart estuvo en gran peligro, pero su hermano veló por él con grande afecto.

Hagen gritó á Volker en alta voz: «Compañero, mira allá abajo como lucha mi hermano contra muchos Hunos. Salva á mi hermano, amigo mío, ó perderemos al héroe.»

El músico le respondió: «Inmediatamente lo haré.» Y esgrimiendo el arco comenzó á atravesar la sala: una terrible espada llevaba desnuda en la mano y resonaba á los golpes. Los guerreros del Rhin hacían lo mismo en el interior.

Volker el fuerte dijo á Dankwart: «Habéis sufrido aquí fuertes ataques, y vuestro hermano me encarga que venga en vuestro socorro. Poneos detrás de mí, yo me pondré á la parte afuera.»

Dankwart el atrevido se puso fuera de la puerta, y arrojaba por la escalera á los que se le presentaban para subir. Las fuertes espadas resonaban en las manos de los héroes. En el interior hacia lo mismo Volker el borgoñon.

Así gritó el fuerte músico por encima de todos: «La casa está muy bien cerrada, amigo Hagen; han corrido los cerrojos á la puerta del rey Etzel, las manos de los héroes y ellas valen más que mil barras.»

Cuando Hagen de Troneja vió la puerta tan bien guardada, el atrevido buen héroe se puso el escudo á la espalda, y comenzó á vengar los males hechos á sus amigos. Su cólera era terrible, muchos caballeros perecieron en el combate.

Cuando el señor de Berna vió maravillado que Hagen hendía tantos yelmos, el rey de los Amelungos gritó desde su banco: «Aquí vierte Hagen la más amarga de las bebidas.»

El rey estaba en gran cuidado, su esposa desolada; ¡cuántos queridos amigos fueron matados ante sus ojos! El mismo pudo librarse con mucho trabajo de sus enemigos. Estaba sentado con gran angustia: ¿de qué le servía ser rey?

Crimilda la rica, gritó á Dietrich: «Sálvame la vida, noble caballero, por todos los príncipes que habitan el Amelungo, pues si Hagen me alcanza me dará muerte al instante por su mano.»

«¿Cómo ayudaros aquí noble reina?» le respondió Dietrich. «Tengo que defenderme yo mismo. Tan grande es la cólera de los que acompañan á Gunter, que en este momento no puedo salvar á ningún amigo.»

«En manera alguna, señor Dietrich, noble y buen caballero. Poned hoy de manifiesto vuestro valor y virtud ayudándome á salir, pues sino me darán muerte. Salvádme á mí y al rey, ó de lo contrario pereceremos.»

«Quiero probar si me es posible ayudaros: ha mucho tiempo que no he visto en parte ninguna tantos caballeros enfurecidos de esta suerte. ¡Yo veo salir la sangre á través de los yelmos á cada tajo!»

Con toda su fuerza comenzó á gritar el caballero en tan alta voz, que resonaba como un cuerno de bisonte, y toda la ciudad retemblaba. La fuerza de Dietrich era horriblemente grande.

Escuchando el rey Gunter gritar á aquel hombre sobre la tempestad, prestó atención y dijo: «La voz de Dietrich ha llegado á mis oídos: nuestros héroes deben haber matado á alguno de sus guerreros.»

«Lo veo sobre la mesa haciendo señas con la mano. Amigos y parientes míos de Borgoña, haced alto en el combate, dejadme escuchar y ver lo que han hecho á Dietrich mis hombres.»

Entonces el rey Gunter mandando y rogando, consiguió que cesaran las espadas en el combate, é hizo aun un esfuerzo mayor para que nadie hiriera. Pidió al de Berna que le dijera lo que ocurría.

Le dijo: «Muy noble Dietrich, ¿qué os han hecho mis amigos? Estoy dispuesto á vengaros y á recompensaros. Cualquier cosa que os hayan hecho, será para mí una amarguísima pena.»

El noble Dietrich le respondió: «A mí no me han hecho nada. Dejadme salir en paz de la sala con mi acompañamiento, y que abandone esta horrible lucha. Siempre os quedaré agradecido, guerrero.»

«¿Por qué suplicar tan pronto?» preguntó Wolfhart. «Ese músico ha cerrado la puerta de una manera tan fuerte que no podemos abrirla, tan ancha como es.» «Calláos

pronto» le dijo Dietrich. «Estáis haciendo de demonio.»

El rey Gunter le respondió: «Quiero permitiroslo: sacad de la sala muchos ó pocos, pero que no sean mis enemigos; esos deben quedar aquí, pues me han hecho gran mal en el país de los Hunos.»

Cuando escuchó esto el de Berna, tomó del brazo á la noble reina cuya angustia era grande; del otro lado tomó á Etzel y salió de la sala. Muchos más guerreros acompañaron á Dietrich.

Así dijo el margrave, el noble Rudiguero. «Si alguno más de los que están en la sala y os sirven quieren salir, hacédnoslo saber: una paz constante debe reinar entre buenos amigos.»

A estas palabras de su suegro respondió Geiselher: «Paz y buena fé reinarán entre nosotros, pues nos habéis sido fieles vos y vuestra gente. Salid de aquí sin ningún cuidado con vuestros amigos.»

Cuando el margrave Rudiguero salió de la sala de Etzel, lo siguieron quinientos hombres ó más. Los héroes habían consentido con buena fé, pero luego resultó desgracia para el rey Gunter.

Viendo un guerrero Huno salir al lado de Dietrich al rey Etzel quiso marchar también, pero el músico le dió tan horrible tajo que su cabeza fué volando á los piés del rey.

Cuando el rey del país hubo pasado la puerta de la sala se volvió y dijo mirando fijamente á Volker: «Terrible desgracia es para mí la llegada de esos huéspedes: por ellos todos mis guerreros tienen que recibir la muerte!»

«¡Desgraciada fiesta! añadió el elevado rey: dentro hay uno que se llama Volker, que se bate como un furioso jabalí y es músico; yo no me he salvado, sino librándome de ese demonio.»

«Sus cantos son fúnebres, sus acordes sangrientos y á sus sonos mueren muchos héroes. No sé por qué nos odia ese músico, pero en la vida he tenido un huésped más malvado.»

Dietrich de Berna y el margrave Rudiguero, los dos héroes distinguidos, se fueron á sus alojamientos. No

querían mezclarse en el combate y rogaron á sus guerreros que no turbaran la paz.

Si los extranjeros hubieran sabido todos los males que los dos habían de causarles, no los hubieran dejado salir tan fácilmente del palacio y les hubieran hecho sentir su fuerza.

A todos los que querían los dejaron salir de la sala. Los extranjeros se vengaron de todo lo que les había ocurrido. ¡Cuántos yelmos hizo pedazos el fuerte Volker!

El rey Gunter se volvió hacia donde se oía el ruido: «Hagen, ¿escuchas los cantos que Volker canta á los Hunos cuando se acercan á la puerta? El arco de su viola está empapado de sangre.»

«Siento mucho», respondió Hagen, «haber estado separado de ese guerrero. Yo era su compañero y él el mío; si volvemos alguna vez quiero ser siempre su amigo.»

«Ahora mira, noble rey, como te es fiel Volker; como merece abundantemente tu oro y tu plata. Su arco corta el duro acero y parte sobre los yelmos los adornos que brillan á lo lejos.»

«Nunca ví á un músico que combatiera tan bravamente como hoy lo ha hecho Volker, el guerrero valeroso. Sus canciones se escuchan á través de los yelmos y los escudos: buenos caballos debè montar y vestir magníficos vestidos.»

De todos los Hunos que estaban en la sala ninguno pudo escapar con vida. Cesó el ruido, pues ninguno sostenía el combate; los fuertes guerreros dejaron las espadas con que habían luchado.



## XXXIV.

## DE COMO SACARON LOS MUERTOS DE LA SALA.

**D**ESPUÉS de tan gran fatiga reposaron los señores. Volker y Hagen salieron del palacio. Se apoyaron en los escudos aquellos bravos, y los dos héroes conversaron largamente.

Así dijo Geiselher, el héroe de Borgoña: «Aun no podemos descansar, queridos amigos: es menester sacar los muertos del palacio, pues en verdad os digo que seremos atacados de nuevo.»

«Es menester que no estén bajo nuestros piés durante más tiempo. Antes que en el combate nos logren vencer los Hunos, les causaremos aún muchas heridas. Esto será para mí» añadió Geiselher «una gran alegría.»

«Feliz yo que tengo estos señores», dijo Hagen. «El consejo que ahora nos dá nuestro joven señor, es digno de un héroe distinguido: por esto, Borgoñones, podéis estar contentos.»

Siguieron el consejo y sacaron de la sala siete mil muertos que echaron abajo y que cayeron delante de los escalones. Entonces se escucharon los lamentos angustiosos de sus parientes.

Muchos de ellos tenían heridas tan ligeras, que si los hubieran curado se habrían salvado, pero aquella horrible caída les causó la muerte. Sus amigos gimieron, pues era para ellos amarguísima pena.

Así habló el músico, el héroe valeroso: «Ahora veo que es verdad lo que me han dicho; los Hunos son cobardes, lloran como las mujeres; mejor harían si cuidaran á sus heridos.»